

## DOS RECIENTES LECTURAS MODERNAS

**Martín Kohan**  
**Universidad Nacional de Buenos Aires**

### 1. No se puede creer en nada

Ya nadie parece creer en todo, no al menos en la teoría literaria o en la crítica literaria. Ya nadie parece creer en todo, ni en un todo, ni en el todo; acaso porque los postestructuralistas enseñaron a abrir ese todo que los estructuralistas antes habían enseñado a cerrar, y esa apertura se volvió exigencia y sentido común. En definitiva, una consigna como la de Theodor Adorno: “El todo es lo no verdadero” llegó a resultar a todas luces preferible a cualquiera de los argumentos esgrimidos por Georg Lukács en favor de la plasmación literaria de una “totalidad social”. Y de un fragmento, si de fragmentos se trata, ya pocos esperan que pueda remitir a alguna clase de totalidad o que vaya a integrarse en ella.

Aun así, sin embargo, no deja de verificarse en la crítica literaria el sostenimiento o la recuperación de una voluntad de lectura totalizadora, sin que eso implique resignarse a las monotonías del estructuralismo, ni a las reglas más o menos estrictas del realismo doctrinario, ni a la estrechez de las perspectivas que no admiten pluralidades. Así, concretamente, ocurre con dos libros de crítica literaria publicados por Beatriz Viterbo Editora en 2002: Julio Premat se ha propuesto leer todo Saer (en *La dicha de Saturno*) y Sandra Contreras se ha propuesto leer

todo Aira (en *Las vueltas de César Aira*). Para sostener esta vocación de totalidad debieron, eso sí, recuperar ciertas categorías (dos en particular: la de obra y la de autor) que dos de los grandes autores del postestructuralismo (los consabidos: Roland Barthes y Michel Foucault) habían declarado difuntas.

La vuelta al autor y la vuelta a la obra, haciendo a un lado la proliferación inacabable –pero hegemónica– de las redes intertextuales abiertas, sostienen esta decisión de leer un todo. Es cierto que se puede ensayar una lectura de autor que preserve el registro de las aproximaciones exhaustivas pero no conclusivas: así lee Jorge Panesi a Felisberto Hernández (en *Felisberto Hernández*), así lee Alan Pauls a Borges (en *El factor Borges*), por citar dos ejemplos. Pero el caso de Premat y de Contreras es distinto, porque ellos sí atan cabos en la medida necesaria para dar cuenta de un todo literario (todo Saer, todo Aira). Queda claro que no por eso empobrecen ni reducen la riqueza de los textos, que es inagotable por definición; ni clausuran otras posibilidades de lectura, lo que sería, entre otras cosas, imposible y vano. Hacen una lectura, porque siempre se hace una lectura; pero esa lectura quiere –y consigue– funcionar como totalidad.

## **2. Obras completas**

Tanto Saer como Aira siguen escribiendo, y ese no es un dato menor. No lo hacen de una misma manera, desde luego; en Saer hay algo más programático, más acorde con la idea de un proyecto literario, y la recurrencia premeditada de personajes y situaciones apunta a una composición orgánica que ata un relato con otro; Aira, por su parte, se muestra más errático y azaroso, aunque la errancia y el azar bien pueden ser también un programa y un proyecto, y su obra se multiplica alucinada en una vertiginosa fuga hacia adelante. Para el caso, de todas maneras, se trata de dos obras en curso, inacabadas por lo tanto y abiertas por necesidad; y aun así, el emprendimiento crítico de hacer de ellas una totalidad se sostiene de un modo perfectamente legítimo. La

lectura de los críticos hace lo que la escritura de los propios autores todavía no hizo: de la literatura de Saer un todo, de la literatura de Aira un todo. Sobre Saer eso tiene un efecto de anticipación, adelanta para su obra un cierto grado de articulación integral que de todas formas parece estarle destinado. Con Aira, en cambio, ocurre algo más complejo, porque en Aira la fuga hacia adelante del continuo literario predomina sobre la apetencia de organicidad de una Obra Completa, y el dilema pasa a ser entonces, una vez que Contreras ha logrado leer “todo Aira”, cómo hará Aira de ahora en más para que la fuga hacia adelante de su escritura no resulte una fuga hacia la lectura de Sandra Contreras, cómo hará para escribir en el futuro algo que no sea lo que Sandra Contreras ya leyó en el pasado, o desde el pasado.

No hace falta insistir en lo distintos que son Juan José Saer y César Aira como escritores, en lo distintas que son sus literaturas: donde uno equilibra y densifica, el otro aliviana y volatiliza; lo que en uno es centrípeto, en el otro es centrífugo (por algo, en la tradición literaria francesa, uno elige el *nouveau roman* y Nathalie Sarraute, y el otro el surrealismo y Raymond Roussel). *La dicha de Saturno* y *Las vueltas de César Aira* son, también, dos libros bien distintos. Pero en sus maneras de proceder hay un núcleo compartido fundamental, y es el que tiene que ver precisamente con esta interpretación integral y esta conformación de un todo literario.

Premat y Contreras leen por completo lo que todavía no está completo. Pueden hacerlo, y de hecho lo hacen, porque la clave de su poder de abarcación no radica en la minuciosa exhaustividad con que van recorriendo y desmenuzando cada novela por sí misma y una novela en su relación con las otras. No es un principio acumulativo lo que les permite acceder a una lectura totalizadora, sino algo más próximo a eso que Lukács definía para la literatura realista como “totalidad intensiva”: un principio de selección y de articulación que permite dar cuenta de un todo, sin alcanzarlo por mera sumatoria de partes. La visión integral más bien se debe a la captación de la lógica narrativa fundamental con que proceden Saer o Aira, los principios constructivos de sus ficciones

reunidas y por separado; por eso se vuelve posible leerlo todo, incluido lo que todavía no se escribió.

Si tanto Premat como Contreras pueden tramar estas lecturas de conjunto, es porque vuelven a confiar en la eficacia de los grandes sistemas explicativos. Eso que Lyotard definió, y desechó por agotados, como “grandes relatos”, está en la base de *La dicha de Saturno* y de *Las vueltas de César Aira*. En los “grandes relatos” late siempre la aspiración a un todo, porque en eso justamente reside lo “grande” de esos relatos: en su poder de comprensión total. El descarte de los grandes relatos y el descarte de las totalidades se ligan indisociablemente, y por eso resulta más que coherente que Premat y Contreras recuperen lo uno recuperando lo otro. Leen un todo porque se apoyan en cierta clase de paradigma que supone y sostiene la posibilidad de abarcarlo todo. Ese paradigma es, para Premat, el psicoanálisis freudiano, tomado como el Gran Relato por excelencia de la significación y la interpretación; y para Contreras, el esplendor y la declinación (entrelazados y no necesariamente sucesivos) de las vanguardias estéticas, tomados como Gran Relato por excelencia de la historia del arte en el siglo XX.

Es más usual, o era más usual, que los críticos postulen formas locales, múltiples pero parciales, plenas pero fragmentarias (reivindicando esas formas, y no por resignación). Premat y Contreras, en cambio, retornan a los sistemas explicativos integrales para hacer posible una lectura igualmente integral (sabiendo ya que esa decisión no necesariamente conlleva la clausura de otras alternativas, porque bien pueden coexistir diversas totalidades sin que cada una precise la eliminación de las otras). Hacen entonces lo que ya casi no se hacía, esto es, una lectura en sentido clásico, la lectura conjunta de la obra de un autor.

Tanto Saer como Aira propician en sus textos, por razones bien distintas pero en última instancia convergentes, otro tipo de aproximación, esas que clausuran eras con el prefijo “post”: postestructuralismo, postmodernismo, postmodernidad, postvanguardia. Una lectura de esa índole funciona a la perfección,

tanto sobre Saer como sobre Aira (o eventualmente sobre ambos a la vez, como puede verse por ejemplo en *Narraciones viajeras* de Nancy Fernández). La deriva nómada, las incertezas, la borradura de fronteras, la disolución de subjetividades, la corrosión de los sentidos, pueden rastrearse tanto en los textos de Saer como en los textos de Aira, y aun en los cruces intertextuales de unos y otros. Premat y Contreras eligen otra cosa: eligen estabilizar, ordenar, sistematizar, abarcar, interpretar, entender, explicar. No precisan dar un veredicto determinado en cuanto a la condición moderna o postmoderna de los escritores sobre los que trabajan, una cuestión que también se ha planteado a propósito de Borges o de Manuel Puig. No importa cómo se pronuncien, o si se pronuncian, al respecto, en referencia a Saer o a Aira; porque sostienen de hecho, al leer, y por su manera de leer, la vigencia de la lectura clásica, lo que en estos casos vale decir: la vigencia de la lectura moderna.